

¿SILENCIO DE DIOS O SORDERA DE LOS HOMBRES?

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

Desorientación. Es la sensación que sienten hoy muchos católicos, arrinconados por muchos, angustiosos interrogantes: ¿A dónde vamos? ¿Qué futuro podemos prever para una humanidad que está destruyendo su ambiente natural? ¿El Medio Oriente es verdaderamente el polvorín del mundo que corre el riesgo de saltar por los aires de un momento a otro, en cuanto se encienda la chispa justa? O bien, ¿estamos en la vigilia de una nueva guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, preanunciada por las palabras de Putin en Mónaco, y esperar que no se supere nunca el umbral de la contraposición verbal? ¿Estamos condenados a asistir a la destrucción de los embriones porque a los intrigantes en batas blancas les sirven las células, de las cuales los embriones están compuestos, para sus experimentos? ¿Tenemos que creer en sus palabras que dicen que en “aquel montón de células” no hay vida, aunque ellos, los hombres de ciencia, no han sido todavía capaces de documentarlo científicamente? ¿Nos tenemos que rendir a la idea que la modernidad y el progreso coinciden con la exaltación de la irresponsabilidad por lo cual no basta sólo

el divorcio a cancelar los miedos de una vida de dos, sino que hace falta una convivencia regulada por derechos y deberes? Y ¿dónde está el amor en una relación que se deshace con un certificado, como un banal contrato de negocios?

Nos hacemos estas preguntas. Y continuamos a hacernoslas, porque nadie nos da respuestas. Ni los periodistas, interesados en referir las opiniones de las orientaciones respectivas. Ni los políticos, capaces sólo de sonreír y de decir que todo va bien si están en el poder o de criticar cada cosa si están en la oposición. ¿Y Dios? ¿Porqué Dios calla? ¿Porqué al menos Él, en el que creo, no escucha mi tormento interior? Y ¿no me dice una palabra resolutive?

Enzo Bianchi, el prior de la comunidad monástica de Bose, nos invita a desmenuzar este equívoco, capaz de acallar las conciencias, sin dar tranquilidad a las almas, invirtiendo los términos del discurso: “Se trata de discernir si es Dios que calla o no más bien el creyente, el pueblo, el devoto que no escucha, que es incapaz de comprender la palabra de Dios, pronunciada quizás de otra manera, a través de eventos y vicisitudes inesperadas y no previsibles. Y de cualquier modo, ¿porqué no entender que

Dios puede hablar en silencio?” Escondiéndose a nuestros ojos, en efecto, Él podría también querer recordarnos qué caminos tienen que recorrer los hombres que renuncian a Él y qué metas les esperan al final de sus pasos.

Por otra parte el silencio es sólo una sensación. Porque Él habla. Ha hablado y continúa a hablar con su Palabra, que quizá tendríamos que sacarla de la librería (en el caso que esté) y desempolvarla. “Cuando inculpamos a Dios de mutismo – añade Bianchi – cuando atribuimos a Él el vacío de nuestro corazón es porque en realidad somos nosotros incapaces de escucharlo, porque de Él buscamos una palabra que sea a nuestra imagen y semejanza”.

“ Si estuviésemos en nuestra mano – añade Padre Pío – caeríamos siempre y nunca estaríamos de pie; y por eso humillamos al dulcísimo pensamiento de estar entre los brazos divinos de Jesús”. Y a Padre Pío me uno para “desearos muy felices en el Señor las buenas fiestas pascales” y en hacer “votos a nuestro queridísimo Redentor para que os tenga siempre en su santa gracia, pidiéndole que también habra nuestras orejas, como hizo con el sordomudo de Sidón”